

# El movimiento estudiantil universitario de México a Oaxaca

JESÚS RAMOS DÁVILA



LA TARDE DEL 2 DE OCTUBRE DEL 68 EN TLATELOLCO

**E**l Consejo Nacional de huelga (CNH) del Movimiento Popular Estudiantil del 68, había convocado a una marcha de protesta que partiría de la Plaza de las Tres Culturas, rumbo al Casco de Santo Tomás del Instituto Politécnico Nacional (IPN). La cita era a las 17:00 horas del 2 de octubre.

Nosotros, la «Brigada Ricardo Flores Magón» de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, integrada por estudiantes de varias escuelas universitarias, de la Preparatoria número 3, de la Vocacional 5 y 7 del IPN y de la Escuela Nacional de Maestros, habíamos regresado del estado de Guerrero, a donde fuimos a volantear e informar sobre la situación del movimiento. En la citada brigada participábamos dos oaxaqueños: Leonardo Gómez Ramírez y yo,

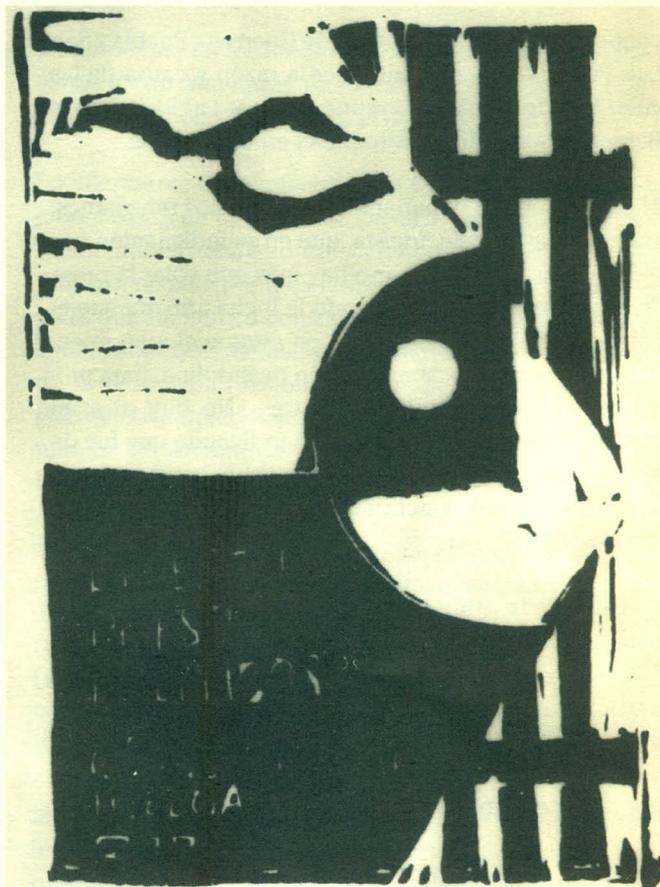
quienes bautizamos la brigada que se encargaría de trabajar los estados de Oaxaca, Puebla y Guerrero.

Todos llegamos con anticipación a Tlatelolco esa tarde y en un afán de curiosidad pretendimos subir al estrado oficial del CNH que se establecía en el segundo piso del edificio Chihuahua, decidiendo al final quedarnos abajo, frente al estrado, para solidarizarnos con la causa desde la situación de pueblo. Nada teníamos que hacer arriba, nuestro lugar era abajo, concluimos todos.

Como a las 5:20 de la tarde, el CNH comunicaba que la marcha se suspendía porque el ejército se encontraba apostado sobre las calles donde pasaría el contingente y que existía la consigna de reprimir a los manifestantes y detener a los dirigentes. El mitin concluía con esta información, mientras se daban consignas de brigadeo, cuando de primas a primeras apareció un helicóptero militar sobrevolando la plaza a la altura del edificio de Relaciones Exteriores, en tanto por la calle de San Juan de Letrán bajaban apresurados de convoyes militares, centenares de soldados en plan de ataque. Todo sucedió en cuestión de segundos, lanzándose desde el helicóptero luces de bengala verdes en señal de prevención y luego rojas en señal de acción. Por su parte el Batallón Olimpia tomaba por asalto el edificio Chihuahua, vestidos de civil, en tenis y guantes blancos en la mano.

Muchos, en un intento de resistencia apedrearon a los asaltantes, otros gritaban ¡calma! ¡calma!, mientras los demás se tiraban al suelo o corrían. La balacera era tupida y prolongada. Leonardo y yo intentamos salir por Reforma sobre la Glorieta de Cuitláhuac, creyendo que esa vía quedaría libre, como sucedió en el zócalo la madrugada del 28 de agosto, cuando el ejército, granaderos y policías llegaron disparando al aire, para desalojarnos de la Plaza, dejando libre la calle de Madero para salir. Pero no era así, todo Tlatelolco estaba cercado militarmente y las balas no eran de salva, ni disparaban al aire, sino de verdad, porque al paso veíamos caer a la gente, pedir auxilio por heridos, escuchar balas sobre la cabeza o sentir el rebote de las mismas sobre la pared de la iglesia.

No se podía salir. La toma militar era total y no se le permitió ni a la Cruz Roja ni a la Verde tomar participación en el auxilio necesario de los heridos. Era un plan militar perfectamente calculado. La represión del ejército nos



hizo nuevamente regresar al edificio Chihuahua, de donde nos jalaban los habitantes del edificio Durango para resguardarnos en sus departamentos. Mucha gente ya se encontraba ahí; impotente, desesperada, con crisis nerviosas y llanto. Había que calmarnos, tratar de entender lo que estaba sucediendo; darnos una razón inmediata de la brutalidad del gobierno; había que recordar que eso era lo normal para el gobierno, que esa era la solución prometida en la mañana por el Secretario de Gobernación, Luis Echeverría Álvarez, a la periodista italiana Oriana Fallacci. Había que recordar el bazucazo del ejército la noche del 28 de julio a la Preparatoria, San Ildefonso, la toma de Ciudad Universitaria; la toma militar del Casco de Santo Tomás, defendida heroicamente por los alumnos del Politécnico y donde se masacró a estudiantes que decidieron en asamblea defender esta institución. Había que recordar los asaltos militares a las universidades de Sonora y Michoacán, ésta última en Morelia; las acciones militares contra los ferrocarrileros,

contra las luchas democráticas de Guerrero, Puebla y San Luis Potosí; había que entender la razón y causa de las guerrillas de Genaro Vásquez Rojas y Lucio Cabañas Barrientos y decidir nuestro papel en esas luchas.

El propietario del departamento donde nos refugiarnos, era un trabajador electricista, que en su indignación nos repetía constantemente: «no hay más que volar la presa El Infiernillo», como justificando la lucha armada que el gobierno estaba imponiendo con estas acciones, mientras de un rincón sacaba un galón de gasolina, para proponernos hacer bombas Molotov. «No hay otra, el gobierno no entiende». Estaba tan indignado que fue difícil convencerlo de la inconveniencia de hacer las bombas porque nos masacrarían a todos, sin importar su familia, sexo o edad.

Ya calmada la gente de sus crisis, había que salir, pero para lograrlo era necesario saber por dónde. Nuestro anfitrión se dio a la tarea de informarse cómo estaba la situación afuera: «Está muy difícil, hay soldados por donde quiera y están deteniendo a los hombres que no pueden comprobar que viven aquí», nos decía, después de inspeccionar el sitio.

—Sabes, en el segundo piso vive un militar con quien tengo amistad. Vamos a preguntarle cómo le hacemos para salir, a lo mejor él nos ayuda—, nos propuso.

Su vecino era un capitán del ejército que se encontraba franco ese día. Cuando llegamos a su departamento él acababa de llegar a su casa y estaba a punto de vestirse de militar para poder salir a buscar a su hija asistente al mitin y que la tenía perdida. «Hay toque de queda y ningún civil tiene derecho a transitar en esta zona. Voy a buscar a mi hija y cuando regrese les informo», nos respondió.

Como a las ocho de la noche se soltó una segunda balacera que estremeció todo Tlatelolco. Era casi igual que la que se dio al principio. El capitán había rescatado a su hija y estaba de regreso en el edificio.

—Ya nadie puede transitar, hay órdenes de tirar a todo lo que se mueva. Hay muchos muertos y heridos y van a catear casa por casa. Nosotros vamos a cambiarnos de residencia esta misma noche, porque la situación es de emergencia.

Con el auxilio del dueño del departamento, las mujeres fueron saliendo poco a poco, quedando la mayoría de hombres, entre los que había un representante del CNH del Politécnico, con quien subimos a la azotea del edificio Durango, acompañado de otro refugiado, para ver qué pasaba en los edificios Chihuahua y Durango. «¡Mira eso!», nos dijimos, mientras contamos 32 cuerpos sobre camillas del ejército. Indudablemente que eran cadáveres. De inmediato bajamos a informar a todos lo que habíamos visto, cuando en eso se soltó la tercera balacera.

Para ese tiempo, las once de la noche, el capitán ya había sacado a varios de los que se encontraban en el edificio y sólo quedábamos 4 o 6 refugiados, entre ellos Leonardo Gómez Ramírez y yo. La balacera continuaba ya no en la zona de las oficinas, sino en el exterior: «Ya se armó la cosa», comentábamos, pensando que los compañeros del Politécnico emprendían la resistencia a la masacre.

—Está peor la situación— nos explicaba el capitán, que a cada momento entrevistábamos, aprovechando sus entradas y salidas de su casa. La duda nos asaltó: «que tal si nos entrega al ejército en lugar de sacarnos».

Ya eran las 2 de la mañana del día 3 de octubre cuando el capitán pasó a decir: «Quiénes se van conmigo, porque me llevo a la familia». Ya no recuerdo quién más salió, pero el militar ordenó a su hija que me tomara del brazo y que en el camino si nos paraban dijera que yo era su novio y el otro su sobrino. Así salimos a pie hasta la glorieta de Garibaldi, donde nos dejó sin ningún problema no sin antes escucharle: «Esto está muy cabrón, no sabemos que va a pasar en el país».

—¿Cómo cuántos muertos hay?, me atreví a preguntarle.

—Más de 150.

—¿Y heridos?

—Más de 500.

En el transcurso del camino, ya fuera de Tlatelolco, comentaba que toda la operación estuvo bajo control del ejército, sin permitir la entrada a ningún organismo civil, y era verdad; prisioneros, muertos y heridos, todos fueron llevados al Campo Militar Número 1. En la matanza de Tlatelolco, ni Cruz Roja, ni Cruz Verde tuvieron participación, guardando un silencio cómplice desde entonces.

LA INFORMACIÓN EN OAXACA

Una vez fuera de Tlatelolco, lo primero que se hizo fue comunicarse a la ciudad de Oaxaca, para informar a la redacción del periódico *Oaxaca Gráfico* a su directora Arcelia Yañiz, para relatarle la magnitud de la tragedia consumada por el ejército mexicano en la Plaza de las Tres Culturas, la tarde del 2 de octubre.

Te hemos estado esperando toda la noche, para que nos pases la información ¿por qué te reportas hasta ahora?

-Porque apenas logré salir de Tlatelolco...

Cuando terminé de relatarle brevemente la historia de esa tarde, de decirle la fuente que tuve de informante, me dijo: «Ya está hecha toda la información, pero ahorita voy a parar la edición, para ver cómo agrego los datos que das».

Y así fue, sobre las notas hechas con mensajes oficiales, este modesto diario oaxaqueño logró publicar el día 3 de octubre, que la represión consumada en Tlatelolco había dejado un saldo de más de 150 muertos y más de 500 heridos, causando un impacto demoledor en los medios oficiales tanto federales como estatales, ante la desinformación de la prensa, radio y televisión nacionales, que se empleaban en minimizar este crimen gubernamental.

«Que van a investigar la fuente que me dio esos datos», me decía Doña Arcelia en alguna nueva llamada, seña-

lándome que en los medios oficiales estaban indignadísimos y con amenazas de cerrarle el periódico a Don Eduardo Pimentel, quien era el dueño de este diario...

Lo interesante de mantener al día este canal de información a través de un diario de Oaxaca, en el que anteriormente había trabajado como reportero y ayudante de linotipo, no solo permitía cumplir los objetivos de la brigada que habíamos constituido para informar a la provincia, sino que mediante este medio, los compañeros de la Universidad «Benito Juárez» de Oaxaca, que dirigían el Movimiento Popular Estudiantil de Oaxaca, sosteníamos un enlace de apoyo informativo, tanto para México como para esta capital.

Desde luego fue fundamental contar con la simpatía que tenía Don Eduardo Pimentel por este movimiento que de alguna forma se enfrentaba al poder omnipotente del PRI-Gobierno y a la simpatía de conciencia que justificó a Doña Arcelia, estar al lado de los estudiantes desde su trabajo de informante, costándoles a ambos, amenazas de represión, chantajes y calumnias.

Sin embargo, a 30 años de la matanza de Tlatelolco, es importante resaltar que en la provincia oaxaqueña se dio no sólo la apertura de información del periódico *Oaxaca Gráfico*, sino la única fuente que tanto estudiantes, como el pueblo tenía para la difusión de sus derechos ciudadanos, al publicarse sin condiciones los actos de represión que se daban contra los dirigentes del movimiento estudiantil de Oaxaca.

...

